
This Changes Everything. Capitalism vs. Climate,
Naomi Klein 189
Joan Buades

En la espiral de la energía. Historia de la humanidad desde el papel de la energía (pero no sólo),
Ramón Fernández Durán y Luis González Reyes 191
Jorge Riechmann

Moderar Extremistán: sobre el futuro del capitalismo en la crisis civilizatoria, Jorge Riechmann 194
Juanjo Álvarez Galán

Fascismo social: políticas del miedo y servidumbre voluntaria. ¿Qué hacer?, Demetrio Velasco 196
Jon Illescas

THIS CHANGES EVERYTHING. CAPITALISM VS. CLIMATE

Naomi Klein

Simon & Schuster, Nueva York, 2014

566 págs.

“Esto lo cambia todo”: Naomi Klein prioriza el clima como escenario emancipatorio”

Mientras vivimos una efervescencia de nuevas esperanzas de cambio en medio de la crisis global en lugares como Grecia o España, salta la sorpresa. Nada menos que la reputada activista altermundialista Naomi Klein se atreve a publicar un ensayo ambicioso y brillante que pone en cuestión no sólo el capitalismo sino las alternativas emergentes en el Norte y en el Sur Global.

La tesis del libro es radical: “eso (el deterioro acelerado de la bonanza climática de los últimos 12.00 años) lo cambia todo”. Pareciera firmada por una extremista ecologista. Pero no, estamos leyendo lo último de la deslumbrante autora de “No logo”, que sacó a la luz el coste social de las marcas corporativas, y “La doctrina del shock”, uno de los más eficaces autos de acusación contra el carácter terrorista del neoliberalismo. ¿Qué ha provocado este extraordinario cambio de perspectiva? No los datos, que hace hace tiempo que están apocalípticamente claros. La respuesta tiene que ver con dos choques directos de Klein con este “tema” que hasta hace poco veía como demasiado técnico y alejado del interés de la ciudadanía.

El primero es la lección vivida en la cumbre de Copenhague de 2009. Allí aprendió que Obama, Merkel, Wen Jiabao y demás adláteres eran incapaces de llegar a un acuerdo a favor de este bien común crucial para la Humanidad. No se podía esperar ninguna solución de las élites. El segundo deriva de las dificultades experimentadas en su propia maternidad, que hacen que se asome al impacto de la industrialización en el deterioro de la fertilidad humana. Esto la ha llevado a conectar con el mensaje clave de la

Ecología Profunda: “nuestros sistemas están concebidos para promover más vida...y no nos referimos solamente a la vida humana sino a la de todos los seres que nos acompañan... lo que está emergiendo es una nueva forma de movimiento de los derechos reproductivos del Planeta en su conjunto”.

“Esto lo cambia todo” refleja el descubrimiento de nuevas preguntas ante un reto colosal inédito. La primera parte del libro (titulada “En mal momento”) responde a por qué el cambio climático se ha convertido en un tema social y políticamente marginal. Desgraciadamente, la irrupción del problema del clima durante los años 90 coincidió con el parto de la criatura más monstruosa del neoliberalismo: la Organización Mundial del Comercio (OMC). Su mantra

(privatizar, desregular y reducir impuestos a los ricos y a las Corporaciones) es justo lo contrario de la lógica regulativa, respetuosa con la diversidad local a la vez que protectora de los bienes comunes que reclamaría una política real proclima. El avance de la OMC ha ahogado la posibilidad de poner en marcha legalmente políticas sensatas de protección del aire, de promoción masiva de iniciativas solares y de km 0. Esta conexión OMC = KO climático es crucial en el contexto de la voladura de la industria solar en España y la firma del TTIP, el acuerdo comercial *bulldozer* entre los EE.UU y la UE.

Klein resalta que mientras la OMC impide la protección de las economías locales, las Corporaciones fósiles reciben más de un billón de dólares al año en subsidios. Es el mayor fracaso de regulación de mercado jamás conocido. Tal agujero ha favorecido que dos tercios de la emisiones de China, el líder mundial en gases invernadero y en trabajo esclavo, tengan que ver con la producción de bienes para el Norte. O que vivamos a principios del siglo 21 un récord histórico de emisiones.

La crudeza de esta realidad se traduce en un coste creciente de hacer frente a fenómenos climáticos extremos, que suponen ya pérdidas equivalentes a más del doble de la Ayuda al Desarrollo. Pero como bien aduce Klein, no

estamos ante un problema “técnico” ni tan siquiera “económico”. Dibuja incluso un “presupuesto de la Gran Transición” que se nutriría de la tasa Tobin sobre la especulación financiera, el cierre de los paraísos fiscales, un impuesto del 1% para supermillonarios y la reducción de presupuestos de las primeras potencias militares. Obviamente, incluiría la supresión de todos los subsidios públicos a los combustibles fósiles así como una tasa sobre el carbono relevante con compensaciones para las clases medias y las empobrecidas.

Para ella, la próxima década es crucial porque se tiene que volver a los niveles de consumo de los 70 en el Norte a partir de la idea de decrecimiento. Ésta sería la única manera de reducir entre un 8 y un 10% anual los gases letales en los estados industriales. Aquí Klein tilda de “racismo ambiental” la indiferencia que pueden permitirse en su impunidad actual las petroleras y gasistas ante el hecho de que el cambio climático tiene víctimas desiguales: son mucho más vulnerables la gente de abajo y los estados empobrecidos como Filipinas o Bangladesh.

Un punto clave del libro es el desmontaje de las falsas soluciones clásicas. No sirve el “escapismo”, la búsqueda de un Paraíso lejano donde cobijarse como el remoto archipiélago de Nauru, que habrá pasado en pocas décadas de la opulencia gracias a la minería de fosfatos al colapso ecológico y, literalmente, al actual hundimiento climático. Pero tampoco el “anticapitalismo”. Klein desmitifica los avances en igualdad social conseguidos por los populismos de izquierda latinoamericanos. El nuevo “extractivismo progresista” de Bolivia o Ecuador se ha convertido en un catalizador del caos climático global y, encima, está sacrificando pueblos indígenas enteros. En palabras de Patricio Molina, un eminente ecologista boliviano: “El objetivo tiene que ser eliminar la pobreza, no los pobres”.

La segunda parte desguaza el “Pensamiento mágico”. Para empezar, el optimismo de algunas grandes ONG ambientalistas de que

es posible una estrategia cooperativa con las Corporaciones. O la utilidad de los “mercados de carbono”. O la locura de los geoingenieros que pretenden regular la radiación solar (SRM en el argot) para enfriar la Tierra a base de inyectar sulfato en la estratosfera. Tampoco cabe esperar el mecenazgo providencial a la Bill Gates para inventar una salida técnica.

Así, la sumisión de asociaciones como The Natural Conservancy o el WWF se ha revelado como un magnífico medio para su enriquecimiento e incluso para su conversión en accionistas de proyectos fósiles. Eso sí: por el camino han permitido inventar nuevos vehículos de especulación financiera. Mientras tanto, ingenieros y transnacionales escanean el Planeta con una visión de “naturaleza líquida”. Para el capitalismo todo se ve desconectado: un árbol no es un árbol sino más bien un depósito de carbón que usa la gente miles de kilómetros lejos a fin de calmar nuestras conciencias y mantener los niveles actuales de crecimiento económico.

El libro se cierra mostrando alternativas aún balbuceantes. Al socaire del “tiempo de la energía extrema”, cuando el petróleo barato se está terminando, proliferan nuevas resistencias en Grecia, en Rumanía, en Canadá, contra las nuevas fronteras de prospecciones en el Norte. El auge de la fractura hidráulica para extraer petróleo y gas en miles de pequeños pozos permitirá “añadir otra Venezuela o Kuwait en 2020, con la crucial diferencia que los yacimientos están en suelo de los EE.UU”. Pero la factura en metano, un gas mucho más letal para el clima que el CO₂, es ya ingente y no se puede compensar con el abaratamiento momentáneo del crudo.

El nuevo paradigma de resistencia es el retorno al “principio de precaución” que alumbró los mayores éxitos ambientales jamás conocidos, en la época anterior a Reagan y Thatcher, cuando se promulgaron leyes en los EE.UU como la Clean Air Act (1963) o la Superfund Act (1980), que sancionaba el criterio de “quien contamina, paga”. Paralelamente, compromisos como la “Declaración de Fraser”, suscrito por más de 130 Naciones Primeras de Norte-

américa y muchas otras comunidades contra la violación de su territorio por el proyecto de explotación de las Tar Sands, se apoyan en la re-creación de una visión indigenista de comunidad de todos los seres vivos que no debe ser destruida por tentaciones económicas.

Para Klein, la protección de la atmosfera que compartimos debe ser el acicate fundamental para revitalizar nuestras “democracias fosilizadas”. Siguiendo los ejemplos de la revolución energética en Dinamarca y Alemania, hay que vertebrar redes y alianzas ciudadanas fuertes. Resistir sin ofrecer alternativas no tiene sentido: juntas son el ADN del cambio. Separadas, llevan al fracaso. Otro desarrollo prometedor lo constituyen las iniciativas de “desinversión” (“Divestment initiatives”) que asumen cada vez más universidades e instituciones de los EE.UU. La idea es retirar sus fondos de toda compañía ligada a intereses fósiles y llevar a cabo un boicot similar al que condujo a que las tabaqueras fuesen percibidas como enemigas de la salud.

El mensaje final es un llamamiento planetario para generar un movimiento intergeneracional masivo, desde abajo, a favor del clima. La amenaza inminente de un colapso devastador y extremadamente desigual podría actuar de catalizador de un enfoque integrado de muchas luchas ciudadanas hoy atomizadas. Es la opción promovida por la propia Klein y activistas como el último Premio Nobel alternativo, Bill McKibben, desde la dirección 350.org, una ong con vocación de red mundial proclima que consiguió reunir en septiembre pasado a más de 400.000 personas en Nueva York.

La transformación de la célebre activista antisistema en promotora de la urgencia y centralidad de una nueva cultura proclima como bien común de la Humanidad debería hacer meditar a quienes luchan por “el cambio”, contra “la casta”. En el libro, Alexis Tsipras reconoce que esto del clima “ahora lo hemos dejado de lado”. Klein transcribe la frase que le espetó, con inquietud, un activista griego comprometido en la lucha popular por preservar Halkidiki de las garras de Eldorado Gold: “La historia llama a tu

puerta. ¿Tienes respuesta?”. ¿Se entiende por qué hay que leer con urgencia “Eso lo cambia todo”?

Joan Buades

EN LA ESPIRAL DE LA ENERGÍA. HISTORIA DE LA HUMANIDAD DESDE EL PAPEL DE LA ENERGÍA (PERO NO SÓLO)

Ramón Fernández Durán y Luis
González Reyes

Libros en Acción, Madrid 2014

2 vols. (519 y 415 págs. respectivamente)

En noviembre de 2014 asistí a unas jornadas sobre “Historiografía, marxismo y compromiso político” celebradas en la Universidad Complutense de Madrid, atraído sobre todo por una mesa de ponencias que había de versar sobre “Marxismo e historiografía, pasado y futuro”. La experiencia fue curiosa. Una historiadora de la Universidad de Granada se desvinculó por completo del tema propuesto y se dedicó a analizar los movimientos vecinales en el franquismo tardío; un historiador de la Universidad de Oviedo adelantó un decálogo metodológico para reconstruir la historiografía marxista. Mi intervención, preguntando si las y los historiadores marxistas no tenían nada que decir sobre el futuro, sobre este Siglo de la Gran Prueba donde todo indica que nos hallamos ante las mayores discontinuidades de la historia humana, fue acogida con cierta perplejidad. Bastante tenían los historiadores e historiadoras con tratar de entender los fragmentos de nuestra historia pasada –se me dio a entender– como para aventurarse a emitir opiniones sobre el futuro...

Y sin embargo, desde el hondón de la crisis civilizatoria donde ya estamos, que se agravará

en los decenios por venir; desde esa inquietante era histórica y geológica que hemos bautizado con el nombre de Antropoceno; desde las letales encrucijadas donde parecemos hallarnos, oteando el colapso de las sociedades industriales, precisamente ese trabajo de inspección rigurosa de los futuros posibles resulta cada vez más necesario y urgente. En otros lugares, son historiadores profesionales quienes emprenden el largo viaje interpretativo desde los simios prehumanos hasta el siglo XXI;¹ en nuestro país, y con la excepción de los especialistas en historia agraria,² parece que la profesión no se da por enterada. Y eso lleva a que historiadores *amateurs* tengan que hacerse cargo de tan trascendental tarea cívica: como cuando José David Sacristán de Lama escribió sobre la posibilidad de una próxima nueva Edad Media (por analogía de nuestros tiempos con la caída del Imperio romano de Occidente),³ o en este impresionante trabajo de Ramón Fernández Durán (1947-2011) que su amigo, compañero de lucha (en Ecologistas en Acción) y albacea literario, Luis González Reyes, ha completado y llevado a feliz término.

Como señalan RFD y LGR (abreviaremos así los nombres de los coautores) en el arranque de su texto, necesitamos perspectiva histórica: “una perspectiva que intente el ejercicio de mirar ‘desde fuera’ el discurrir de la humanidad en un contexto ecosocial amplio y que, además, enmarque esto en la evolución de la vida y de los sistemas complejos” (p. 16 del vol. 1). Cabe señalar que ésta es la perspectiva que han adoptado, desde hace algún tiempo, los historiadores e historadoras anglosajones que trabajan en el marco de la *Big History*,⁴ sólo con la

diferencia de que RFD y LGR se mueven en un ámbito más militante (sin desmedro del rigor de su trabajo) y no académico. Lo que ofrecen no es un intento de historia total, sino una interpretación que se guía siguiendo los hilos de algunas dimensiones básicas de la existencia humana: energía y materiales, ecosistemas, tecnologías, ciudades, Estados, subjetividades, economía y movimientos sociales. Las sociedades, nos argumentan estos dos autores, “necesitan de las funciones ecosistémicas y del cuidado físico y emocional de sus integrantes para su reproducción: todos los seres humanos somos socio- y ecodependientes. Ambos factores han permanecido hasta ahora invisibilizados y ambos se encuentran en una fuerte crisis como consecuencia del conflicto profundo y en aumento entre la lógica del capital y la de la vida. Si la crisis energética y material está disparando la Crisis Global, el cambio climático y la desorganización de los ecosistemas son los problemas mayores, a más largo plazo, para sostener la capacidad de las sociedades de reproducirse” (p. 159 del vol. 2).

Acerca de este libro ha escrito Pedro Prieto que se trata de “la obra más seria y rigurosa que conozco, escrita en idioma castellano, sobre la evolución de nuestra especie, sus modelos sociales, económicos y culturales, vistos desde el punto de vista de las disponibilidades de la energía en cada época”.⁵ El juicio positivo es compartible; RFD y LGR han hecho una contribución mayor a la intelección de nuestro mundo y las perspectivas que afrontamos. Nos ponen ante los ojos verdades duras, que hemos de asumir. Por ejemplo, no vamos a tener prósperas economías capitalistas en tiempos de des-

¹ Ian Morris, *¿Por qué manda Occidente... por ahora?*, Ático de los Libros, Barcelona 2014. Yuval Noah Harari, *De animales a dioses*, Debate, Barcelona 2014

² Enric Tello: *La historia cuenta. Del crecimiento económico al desarrollo humano sostenible*. Libros del Viejo Topo, Barcelona 2005.

³ José David Sacristán de Lama, *La próxima Edad Media*, Edicions Bellaterra, Barcelona 2008.

⁴ Un buen ejemplo de esta orientación historiográfica: Fred Spier, *El lugar del hombre en el cosmos*, Crítica, Barcelona 2011.

⁵ Reseña de *En la espiral de la energía* en el blog *Crisis energética*, 11 de diciembre de 2014. Puede consultarse en <http://www.crisisenergetica.org/article.php?story=20141211093719256>

censo energético: ésa es una barrera con la que hay que contar, so pena de sucumbir a un desafortado *wishful thinking*... Los autores sugieren que habrá un punto de inflexión hacia 2030, cuando decaerá de forma importante la energía disponible para las sociedades industriales.⁶

Ya no es realista esperar una transición planificada y suave hacia una economía post-carbono, o —de manera más general— hacia una sociedad sustentable. La investigación sobre los colapsos que sufrieron culturas y civilizaciones antiguas apunta a que las soluciones para problemas de escasez de recursos —energía sobre todo— tienden a crear sistemas aún más complejos, y asociado con esta mayor complejidad va un mayor uso —directo e indirecto— de energía.⁷

Como bien indican RFD y LGR en su obra monumental, una transición ordenada hacia la sustentabilidad (incluyendo una rápida transición energética hacia las renovables) sólo sería realista en un escenario de fuerte planificación (no necesariamente centralizada) y elevada conciencia social, a escala mundial o casi. Y eso no va a producirse a la escala y con la velocidad que se requiere (p. 204 del vol. 2). Todo indica que hoy el colapso es más probable que una transición razonable a la sustentabilidad.⁸ Vamos hacia “un colapso caótico del capitalismo global” (p. 196 del segundo volumen de la obra). En la explicación de este colapso, RFD y LGR sugieren la primacía de los “límites externos” (ecológicos) sobre las contradicciones internas del capitalismo, esencialmente el *peak oil* (p. 86 y ss. del vol. 2).

Como este libro merece ser leído y lo será, ha de ser debatido y lo será, y previsiblemente

alcanzará varias ediciones actualizadas, me permito finalizar constructivamente esta reseña con algunas observaciones críticas. En ocasiones, se diría que RFD y LGR exageran (y no exagerar es muy importante: en ello se cifraría lo esencial de tradiciones sapienciales como el budismo, según ha indicado Juan Masiá). De que los sistemas complejos funcionen de forma no lineal, y aparezcan propiedades emergentes, no se sigue que “las posibilidades humanas de controlar el entorno (e incluso las sociedades) sean nulas”, como se afirma en la p. 172 del vol. 2. Una cosa es denunciar la prepotencia humana y la ilusión de control; otra diferente negar cualquier capacidad de control (y autocontrol) sobre sistemas complejos. En varios momentos, la posición de nuestros dos autores parece quedar cerca del TINA (*There Is No Alternative*) de Margaret Thatcher, por descontento que desde supuestos político-ecológicos muy diferentes. Así, por ejemplo, el título del párrafo que comienza en la p. 255 del vol. 2: “No hay alternativa a un descenso importante de la población”.⁹

También exageran, a mi juicio, cuando afirman que “no es posible resolver los problemas ambientales por la vía tecnológica sin crear nuevos problemas” (p. 172 del vol. 2). Una cosa es denunciar la irracional fe tecnolátrica, otra distinta excluir absolutamente que algunos problemas pudieran solucionarse, en un marco sociopolítico diferente, a través de un uso sensato de tecnologías intermedias... Pensemos por ejemplo en el uso de turbinas hidráulicas avanzadas —alta tecnología de la época—, capaces de generar mucho trabajo con una interferencia

⁶ De forma algo contradictoria, afirman que antes de esa fecha “los escenarios van a ser muy duros y las opciones de cambios emancipatorios serán pequeñas” (p. 182 del vol. 2). Pero si el descenso energético comienza hacia 2030, no se ve por qué los escenarios más duros estarían antes, y no después de esa fecha... Por lo demás, en p. 200 se dice otra cosa.

⁷ Véase Joseph A. Tainter, *The Collapse of Complex Societies*, Cambridge University Press, Nueva York 1988; así como Jared Diamond, *Jared Diamond Colapso. Por qué unas sociedades perduran y otras desaparecen*, Debate, Barcelona 2006.

⁸ Joseph A. Tainter, “Energy, complexity and sustentability: a historical perspective”. *Environmental Innovation and Societal Transitions* 1, 2011. Véase también Anthony D. Barnosky y otros, “Approaching a state shift in Earth’s biosphere”, *Nature* vol. 486, del 7 de junio de 2012.

⁹ Pero luego se afirma en la p. 256: “Con esos datos el descenso poblacional no es inevitable, pero sí probable”. ¿En qué quedamos?

menor en cursos de agua pequeños, tal y como se desarrolló hasta 1920-30 aproximadamente. Una sociedad ecosocialista/ ecofeminista podría emplear de forma razonable estos molinos de agua avanzados, o las bicicletas, que al fin y al cabo no son artefactos concebibles en sociedades preindustriales... Harina de otro costal es la pregunta de si aún podemos concebir trayectorias viables, en el “tiempo de descuento” que es el nuestro (pensemos en el enorme problema del calentamiento climático), hacia esas sociedades ecosocialistas/ ecofeministas.

A mi entender, también hay un problema con el uso sistemático del futuro de indicativo en el capítulo 9 de la obra... Ni el determinismo es correcto (como bien saben los autores: véase la p. 18 del vol. 1, o la 209 del vol. 2), ni disponemos de una bola mágica para predecir el futuro, esos futuros donde podemos estar seguros de que las interacciones entre múltiples sistemas complejos nos depararán sorpresas... Aunque RFD y LGR afirmen explícitamente que lo que proponen es “un ejercicio de política-ficción” (p. 183 del vol. 2), el uso de aquel tiempo verbal arrastra a la mente humana en otra dirección.

El libro se hubiera beneficiado de una corrección más cuidadosa. Así, por ejemplo, en la extensa bibliografía final (p. 345-412 del segundo volumen) han desaparecido muchas cursivas, lo que dificulta distinguir los libros de los artículos.

Estas leves objeciones, en cualquier caso, no alteran la valoración entusiasta que merece la obra. Ahora ha de encontrarse con sus lectores y lectoras, avivar sus debates y fecundar sus prácticas, desde la convicción de RFD y LGR según la cual “llegar a imaginar la catástrofe como algo que puede ocurrir es la mejor forma de evitar lo peor” (p. 183 del vol. 2).

Jorge Riechmann
(Departamento de Filosofía de la UAM)

MODERAR EXTREMISTÁN: SOBRE EL FUTURO DEL CAPITALISMO EN LA CRISIS CIVILIZATORIA

Jorge Riechmann

Díaz & Pons, Madrid, 2014

176 págs.

Abordando tres de los ejes centrales de su obra ensayística, Jorge Riechmann nos presenta en *Moderar Extremistán* una reflexión en la que ética, política y ecología se entremezclan sin perder sus particularidades, con la abierta intención de aclarar, más allá del discurso teórico, las vías abiertas y también las trampas a las que se enfrentan las sociedades contemporáneas en estos tres ámbitos. El marco de esta reflexión es doble; por una parte, la crisis económica y social, que muchos autores empiezan a considerar civilizatoria, supone el contexto más inmediato de la obra; pero, más allá, el análisis ético y político se enmarca en un contexto amplio constituido por el capitalismo industrial y la formación de las sociedades modernas, en las que, en palabras del propio Riechmann, “tenemos, de manera prioritaria, que *considerar las fuentes del mal y el daño en el plano estructural*”.

Ética y política, y especialmente su compleja articulación, son el eje central de la reflexión, que se incrusta en la idea de política como ética de lo colectivo, dentro de la tradición iniciada en nuestro país por Manuel Sacristán y Francisco Fernández Buey. Riechmann aborda, en lo relativo a la ética, varios problemas de alcance que suponen un análisis de la capacidad de actuación individual de los sujetos en términos individuales. En primer lugar, tal vez el límite más inmediato es de la reducción de la actuación moral al ámbito de lo privado, algo que, en sociedades de masas con una componente tecnológica desmesurada, hace de la ética un instrumento inútil, poco más que una virtud doméstica. En línea con esta limitación, aborda otros dos condicionantes, que en este caso no tienen

su origen en factores sociológicos, sino en lo que podríamos llamar la condición humana: por una parte, los psicólogos y sociólogos apuntan con claridad la existencia de una fuerte miopía temporal que nos hace difícil percibir el daño producido para generaciones posteriores; por otra parte, los estudios provenientes del campo de las neurociencias – y con anterioridad, de la antropología – sugieren que la constante diferenciación entre endo- y exogrupo implica una tendencia xenófoba que, si bien se puede contrarrestar, no deja de ser un elemento innato al ser humano. Esta ética amenazada corre entonces el riesgo de convertirse en un ejercicio gratuito, como ejemplifican los dos conceptos que Riechmann toma de Castoriadis y Pascal: ética como encubrimiento, en cuanto se convierte lo moral en una justificación, una “coartada, como ocasión de engaño y autoengaño”; y ética como *divertissement* en cuanto se convierte lo moral en una distracción, lo que en palabras de Gil de Biedma podríamos llamar “un placer solitario” que bien se puede reducir a la práctica del consumo justo o ecológico, que en sí mismos no son desdeñables pero pueden llegar a constituir un obstáculo si se consideran como una actuación suficiente y nos llevan a dejar de lado la necesaria lucha por unas estructuras sociales dignas.

La reflexión dirigida a la política toma como elemento central la crítica la inevitable disyuntiva entre el capitalismo y la democracia; siguiendo el discurso de Riechmann, se trata de líneas que por su propia naturaleza no pueden converger, ya que “la esencia del capitalismo es la acumulación de capital a través de la mercantilización generalizada”, mientras “la esencia de la democracia consiste en autogobierno y autonomía colectiva”, por lo cual, “a más capitalismo, menos democracia”. Partiendo de esta oposición esencial, el texto muestra la dinámica del capitalismo como generador de desigualdad y destructor de derechos sociales, así como su inevitable tendencia a producir crisis y colapsos. El análisis de la situación política que nos deja el capitalismo se completa con la descripción de la sociedad como “materia corrupta” - en térmi-

nos de Maquiavelo – debido a la acción moldeadora del sistema socio-económico.

La tercera línea de argumentación es la ecológica; pero, en este caso, el punto de vista del autor cambia: si en el análisis de las perspectivas ética y política trata de abordar aspectos que las sociedades humanas deben cambiar desde su dinámica interna, en el caso de la ecología lo que se analiza es una realidad externa, los límites de la naturaleza objetiva. Estos límites se imponen a lo ético y lo político como un marco que no se puede sobrepasar; el vínculo con la ética y la política, por otra parte, no deja de ser evidente, dado que las herramientas con las que cuenta el ser humano para mantener su actividad dentro de esos límites son construcciones culturales – que, siguiendo el análisis de Riechmann, están siendo desmontadas, en lugar de reforzadas – que se encuentran en el ámbito de lo social. La enorme dificultad que nuestras sociedades experimentan a la hora de asumir esos límites tiene un origen no sólo socio-económico sino, de nuevo, esencialmente humano, puesto que somos, siguiendo la definición de Sacristán que el autor reivindica, la especie de la desmesura.

En conjunto, se trata de un libro breve y contundente en el que se realiza el paso de postulados teóricos a la necesidad inmediata de construir éticas de largo alcance con vocación colectiva, esto es, política, o, como quería Fernández Buey, a la creación de una poliética. La obra se enmarca además en un línea que Riechmann viene trabajando desde hace años, la de la ética como construcción social más allá de los límites del individualismo, especialmente en su teorización de la ética de larga distancia. A nivel de contenidos, tal vez la novedad más destacable es la relación original establecida entre ética y política con la dinámica ecológica como límite, así como la creación de un discurso que permite comprender la crisis civilizatoria, enlazándola con las dinámicas sociales, culturales y económicas que el capitalismo ha establecido desde la modernidad. En el plano más formal o expresivo, nos parece importante

destacar que, si bien se trata de un autor que no suele enredarse en la terminología científica más allá de lo necesario, *Moderar Extremistán* es un libro particularmente sencillo en la expresión e imperioso en su invitación a la reflexión activa y la participación.

Juanjo Álvarez Galán

Grupo de Investigación Transdisciplinar
sobre Transiciones Sociológicas

FASCISMO SOCIAL: POLÍTICAS DEL MIEDO Y SERVIDUMBRE VOLUNTARIA. ¿QUÉ HACER?

Demetrio Velasco

Universidad de Deusto, Bilbao

124 págs.

Acompañado de una sinfonía de estridentes recortes e incesantes coros de sufrimiento, el capitalismo neoliberal viene ejerciendo desde hace décadas la hegemonía global. Ésta tiene su necesario correlato en un modo dominante de sentir y percibir la realidad. Una forma que impregna la cosmovisión de las mayorías creando un nuevo sentido común que facilita su servidumbre con el (des) orden inmoral que rige la maltrecha sociedad donde vivimos. El neoliberalismo, como única forma posible del capitalismo actual, se ha transformado en el catecismo de los “gobiernos responsables” allende las fronteras. Responsables y comprometidos, claro está, con los principales dueños del capital y sus instituciones. No olvidemos que esta élite del poder no sólo controla las grandes corporaciones y las instituciones políticas transnacionales que garantizan sus ganancias (OMC, FMI, BCE, etc.), sino también los grandes medios de comunicación que las justifican.

Mediante este comprometido libro, Demetrio Velasco, catedrático emérito de la Universidad de Deusto y doctor en Ciencias Políticas, señala

la adversa realidad citada y procura atender a sus causas. Así, caracteriza al capitalismo como un sistema de “inclusión excluyente”, regido por la explotación económica, la dominación política y la hegemonía cultural. Esta última se produce por una combinación de tres lógicas del pensamiento occidental que considera “perversas”: la del sofista, la del burgués y la del dogmático. Todas desembocan en una nueva denominada “razón cínica”. Esta última lógica, ampliamente diseminada por el conjunto social, origina una ideología clave con la que explicar el consentimiento y la servidumbre de las mayorías: el fascismo social. Para Velasco, el fascismo no acabó con la derrota nazi sino que una parte prolongó su sombra hasta el presente. Así el fascismo del siglo XXI resulta de una mezcla entre aquel de entreguerras, con su inseparable imperialismo industrial y militar, junto a nuevos componentes que suministra la razón cínica.

A través de cinco capítulos y un interesantísimo epílogo se describe la situación actual, se revisan algunas alternativas y se hacen propuestas concretas. En el primer capítulo, se caracteriza la crisis económica y el fascismo social aludiendo a fenómenos dominantes de la sociedad-mundo. Entre ellos destacan el “individualismo propietario”, la especulación alimentaria sicaria de hambrientos, la pauperización de las “clases medias” o la asociación oligárquica de las élites mundiales (en Davos, la Trilateral, el Club Bilderberg, etc.) junto a otros factores que conforman la llamada “dialéctica criminal”. Concepto con el que la Doctrina Social de la Iglesia denomina la estructura dialógica que rige un planeta crecientemente dividido por un abismo de desigualdad. Precipicio que fagocita a miles de millones de empobrecidos para saciar la sed de beneficios de unos pocos multimillonarios.

Todo ello acelerado por una crisis económica que también es moral, humanitaria y ecológica, acompañada de una intensa degradación de la esfera política. Ésta será objeto del segundo capítulo donde se analiza la subordinación a “los mercados” de los principales líderes y parti-

dos políticos, las instituciones y su legislación (con el paradigmático ejemplo de la modificación de la Constitución para garantizar el pago de la deuda).

En el tercer capítulo se analizan las tres lógicas que conforman la dominante razón cínica. Para ello se indaga en la génesis y el desarrollo de la lógica mentirosa del sofista, la miserablemente voraz del burgués y la fundamentalista del dogmático. En el cuarto se realiza una crítica a la “razón política” y a las políticas del miedo como sustento donde anida el fascismo social, garante de la servidumbre voluntaria de los explotados. En el quinto se repasan posibles alternativas al desorden capitalista y se traza un análisis de las luces y las sombras de cada una, explorando las posibilidades de una apremiante revolución social que debe superar los estrechos límites de la revolución política para convertirse en mundial.

Finalmente nos espera un epílogo que realmente funciona como sexto capítulo. Allí se combina la reflexión social con la religiosa, dirigiéndose a la comunidad cristiana. Su finalidad: recordar a sus miembros lo que debería ser una actitud ante la crisis verdaderamente coherente con las enseñanzas de Jesús, profundamente comprometida con las víctimas y decididamente enfrentada a los enriquecidos victimarios. Creo que ésta es la mejor parte del libro. En ella se traza una profunda crítica a los anacronismos de la Iglesia y sus corresponsabilidades como institución de poder frecuentemente timorata frente a los culpables de la crisis, cuando no ligada a la suerte de sus privilegios.

Después del recorrido contextualizador, Velasco destaca las vergüenzas de la Iglesia y gran parte de los cristianos. Pero no lo hace como si fuera un juez virtuoso y asépticamente neutral ajeno a las prácticas que denuncia, sino asumiendo corresponsabilidades como parte integrante de esta comunidad religiosa. Pese a la radicalidad de las críticas a las que somete al cristianismo *realmente existente*, el autor todavía se muestra convencido de que en su origen existe una inagotable fuente de recursos para

luchar contra el fascismo social y las raíces del capitalismo que lo abona. Finalmente, aboga por la construcción de una Iglesia republicana comprometida universalmente con los trabajadores “en libertad, igualdad y fraternidad”.

En el apartado de críticas, señalamos la repetición de citas y fragmentos aparecidos en otras partes de la obra, que si bien por momentos resultan necesarios, en otros se muestran redundantes. Por otra parte, en el quinto capítulo dedicado a la valoración de las alternativas posibles, se echa de menos una mayor atención a la tradición marxista. Aunque el autor comenta y critica, a nuestro juicio acertadamente, las luces y sombras de un neomarxista como Holloway, olvida autores clásicos del marxismo (comenzando por el propio Marx, que sólo aparece de pasada) y otros actuales mucho más interesantes que el que trata, como por ejemplo: Terry Eagleton, David Harvey, Michael Löwy, Samir Amin, Alex Callinicos, Neil Davidson o, dentro de un marxismo heterodoxo, al propio Immanuel Wallerstein.

Estamos convencidos que la herencia marxista puede suponer una fértil fuente intelectual que ayude a revivir la praxis cristiana revolucionaria. Una metodología de análisis de la realidad tan profundamente radical como el “materialismo histórico revolucionario”, tanto en su vertiente de crítica económica como sociohistórica, sería esencial para que la inquebrantable llama de esperanza humanista que prende en el seno del cristianismo de base confluyera en una práctica provechosa para la emancipación humana. No en vano, pese a que este método revolucionario surgió del pensamiento de dos alemanes inseparables (y ateos), su vocación siempre fue internacionalista. O lo que es lo mismo, humanista y universal, como la del cristianismo.

Porque como se recuerda a lo largo del libro, tras las políticas neoliberales no sólo hay economicismo burgués y decadencia de la política sino también destrucción de la cultura humana. Junto a los páramos de desolado empobrecimiento que deja tras de sí la praxis

neoliberal, también recolectamos imposturas morales allí donde no alcanza su siega “biológica”. Así obtenemos una colecta de malas hierbas y putrefacción que, desgraciadamente, contamina a los que debieran ser semillas de esperanza. Sirva como ejemplo la terrible (pero necesaria) imagen que nos provoca Velasco cuando recuerda a aquellos niños de una escuela privada en El Salvador que, preguntados sobre qué había que hacer con los pobres, contestaron: “matarlos a todos”.

Frente a esta plaga de muerte, desolación sistémica y decadencia moral, la obra nos propone emplear la inspiración del cristianismo originario como poderosa fuerza que nos lleve a la praxis revolucionaria comprometida con las víctimas. Además el libro también puede servir para despertar a cierta izquierda que, presa de un laicismo dogmático que desemboca en un anticatolicismo infantil, quizás pudiera darse cuenta (por fin) de que no todos los cristianos son del Opus Dei, de derechas, machistas o “social-reaccionarios”. Al contrario, no sólo pueden ser excelentes compañeros de viaje en la construcción de una sociedad poscapitalista, sino que quizás sean algunos de los mejores posibles.

En resumen, con el trabajo del Demetrio Velasco nos encontramos ante una obra que nos recordará de un modo sintético algunos de los factores que permitieron la crisis mientras nos ofrece un fresco del presente y nos alerta sobre la lógica de la hegemónica razón cínica. Recordemos: la razón psicológica para el predominio del fascismo social como ideología nacida al calor (o más bien al gélido y áspero frío) de las políticas neoliberales.

Para finalizar, y ya que últimamente está de moda entre algunos políticos mediáticos, disputar al poder términos que éste nos robó como “justicia” o “democracia” para conquistar la hegemonía discursiva, se me ocurre que no estaría mal recuperar algunos que fueron baridos a fuerza de escandalosas adulteraciones. Uno hay que desde hace tiempo, tanto los cristianos de base como los militantes de izquierda

tememos decir en público, aunque lo necesitamos para plantear a las mayorías una propuesta creíble de superación del sistema actual. Respondía al nombre de “socialismo” y aludía (o alude, si le agregamos el prefijo “eco”) al único sistema posible e inédito donde podrá subsistir una verdadera democracia con justicia social. Las ideas contenidas en el libro de Velasco ayudarán traerlo de vuelta del único lugar donde siempre estuvo esperando: el futuro.

Jon Illescas

Doctor en Sociología y Comunicación
en la Universidad de Alicante y Licenciado
en Bellas Artes en la Universidad Miguel
Hernández. Artista plástico bajo el seudónimo
de “Jon Juanma”.